

EL DEVENIR FEMENINO JUVENIL EN PROGRAMAS SOCIALES¹

BEING WOMAN IN SOCIAL PROGRAMS

*Yussef Becher*²

RESUMEN El texto tiene por objetivo mostrar la incidencia de las condiciones en que se inserta la identidad de género o sexual femenina en la producción de subjetividades juveniles enmarcadas en un programa social. Dicho programa se denomina Plan de Inclusión Social y se implementa desde mediados de 2003 y hasta la actualidad en la provincia de San Luis (Argentina). Ello nos permite reparar en el proceso bifronte en el que redundan las sujeciones subjetivas a lo impuesto: las que derivan de representaciones y las que devienen del Estado, ya sea como reproductor de condiciones desiguales o bien por su omisión en la igualación de tales condiciones. El principal argumento del texto gira en torno a considerar que las tareas no remuneradas al interior del hogar asignadas a las mujeres inciden en la producción de subjetividades. Para ello, tendremos en cuenta experiencias femeninas en las que se anudan el modo en que se construye la condición juvenil y de género en el marco del programa.

En cuanto a los aspectos metodológicos, se trata de un estudio cualitativo enmarcado en una tesis doctoral en curso, inserta en el Programa Doctoral de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) Argentina, en donde predominan técnicas de recolección de datos tales como entrevistas en profundidad y observación participante. Los resultados muestran que las tareas de cuidado inciden en la construcción de las subjetividades juveniles femeninas dificultando procesos singulares. Que son dificultosos no supone desconocer que existen subjetivaciones que intentan escapar a las sujeciones al orden social impuesto.

Palabras claves: Subjetividades, juventudes, identidad de género, tareas de cuidado, programas sociales.

INTRODUCCIÓN

El título de este artículo, “El devenir femenino juvenil en programas sociales”, tiene sentido por cuanto refleja que la subjetividad es procesual y, por consiguiente, no es una construcción acabada; se halla en constante producción y reproducción. Se moldea en el contacto con la otredad intersubjetiva con la cual el sujeto se enfrenta cuando ingresa al mundo social sin cuestionarla. Choca con cada experiencia vital colocando al sujeto en un lugar diferente de aquel donde se hallaba al comienzo. Cada entramado simbólico en donde se inserta supone una significación similar o diferente de acuerdo con las huellas e influencias que se encuentran impresas en ella. Por ello, podemos afirmar que la subjetividad es un molde, que se va modificando con el transcurso del tiempo, en el que se pueden verter diferentes sustancias a fin de obtener un producto.

Decimos que la subjetividad es un molde por cuanto los dispositivos de control, tal como afirman los planteos posestructuralistas, la modelizan dificultando los procesos singulares. Sin embargo, a veces los moldes no son similares o las sustancias desbordan, pues se producen fugas por medio de resistencias a aquellos dispositivos que intentan mantener amarrados a los sujetos al orden social. En el caso de la identidad de género o sexual, los dispositivos provienen de representaciones dominantes sobre lo que supone la feminidad y la omisión del Estado en la implementación de acciones que intenten reducir las desigualdades sociales. De acuerdo con los datos de la EAHU del Indec, de 2014, único en el que se incorporó un módulo sobre tareas no remuneradas en los hogares, la tasa de participación de las mujeres en el cuidado es de 88,9%; asimismo, la franja etaria en la que se concentra la mayor cantidad de carga de dichas tareas es la de 30 a 59 años, lo cual comprende casi la totalidad del período de vida económicamente activa. Si bien el cuidado disminuye cuando las mujeres deciden no formar parejas heterosexuales y continuar conviviendo con sus familias, es posible inferir que allí existe una distribución de tareas entre madres e hijas (EAHU-Indec, 2014). Por su parte, el Comité de la CEDAW, en reiterados

¹ Artículo recibido 15 de mayo de 2019. Aceptado 24 de octubre de 2019.

² Abogado. Magister en Sociedad e Instituciones. Doctorando en Ciencias Sociales (Flacso Argentina). Becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Docente investigador de la Universidad Nacional de San Luis (UNSL). Correo electrónico: yussef@becher@gmail.com.

ABSTRACT The purpose of the text is to show the incidence of the conditions in which the gender or sexual identity of women is inserted in the production of juvenile subjectivities framed in a social program. The program is called the Plan de Inclusion Social and it has been implemented since the middle of 2003 and until now in the province of San Luis (Argentina). This allows us to notice the two-sided process in which the subjective subjection to the imposed: those that derive from representations and those that come from the State, either as reproducer of unequal conditions or because of their omission in the equalization of such terms. The main argument of the text revolves around considering that unpaid tasks within the home assigned to women affect the production of subjectivities. To do this we will take into account women's experiences in which the way in which the youth condition and gender are built within the framework of the program are knotted.

Regarding the methodological aspects, this is a qualitative study framed in an ongoing doctoral thesis, inserted in the doctoral program of the Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales in Argentina, where data collection techniques such as in-depth interviews and participant observation. The results show that home care tasks affect the construction of female youth subjectivities, hindering singular processes. That they are difficult does not imply ignoring the existence of singular subjectifications that try to escape the subjection to the imposed social order.

Keywords: Subjectivities, youth, gender identity, home tasks, social programs.

informes e incluso el último de 2016 para la Argentina, señala que las posibilidades de mayor involucramiento de las mujeres en la vida pública y política dependen de la posibilidad de disminuir las cargas de cuidado que les son asignadas. Precisamente, el objetivo de este texto es bucear en la incidencia de las condiciones en que se insertan las identidades femeninas, en donde las tareas de cuidado al interior de los hogares constituyen un aspecto central de sus cotidianidades, en jóvenes receptoras de un programa social. Por consiguiente, se trata de un doble clivaje presente en una misma subjetividad: edad y género.

El programa social al que referimos se denomina Plan de Inclusión Social Trabajo por San Luis (PISTS). Se trata de una política social implementada en la provincia de San Luis desde mediados de 2003 y con vigencia hasta la actualidad. El contexto en el cual inicia su recorrido fue el de los aciagos años de crisis argentina; con el transcurso del tiempo ha ido mutando de acuerdo con las improntas contextuales de cada momento. El programa tiende a finalizar dado que sus destinatarios han ido logrando ingresar a la Administración pública.

El principal argumento del texto gira en torno a considerar la incidencia de las tareas no remuneradas de cuidado atribuidas a las mujeres en la producción de sus subjetividades. A fin de efectuar nuestra lectura, proponemos tres dimensiones presentes en las experiencias de las receptoras del programa: 1. Las actividades en el marco del PISTS. 2. Experiencias de singularización. 3. Finalmente, una tercera dimensión a la que denominamos procesamiento interior de la edad. Los resultados muestran que el cuidado incide en la producción de subjetividades, en las tres dimensiones propuestas, dificultando la construcción de subjetividades femeninas autónomas.

Cuando los cuerpos hablan: precisiones teórico-metodológicas
La juventud es una construcción sociocultural, por consiguiente, en ella se imprimen las huellas de los contextos significativos y materiales en donde se produce la subjetividad. La materialidad se encuentra anclada en los cuerpos de las juventudes en donde los signos juegan su papel, pues, tal como afirma Schütz (1993), un cuerpo no es un mero objeto, sino un campo de expresión de las vivencias de esa unidad psicofísica. En la subjetividad, la dimensión corporal obtuvo protagonismo cuando fueron dejados de lado los enfoques freudianos y lacanianos, que solo consideraban el lenguaje, para incorporar las experiencias vitales, tal como

proponía el posestructuralismo. Dichas experiencias integran las disposiciones corporales que se manifiestan mediante cogniciones y actitudes. Dado que en la contemporaneidad priman los dispositivos de control sobre los cuerpos producidos, construir singularidad no resulta sencillo; por ello, tal como plantea Guattari (1998, 2006), la diferencia aparece como un signo y una experiencia de resistencia frente a las sujeciones al orden social impuesto. Al mismo tiempo, algunas posturas feministas, principalmente las de la diferencia, como muestra Piedrahita Echandía (2015), le otorgan un doble sentido a esa noción: por una parte, reafirmar las ideas posestructuralistas y, por otra, que todo sujeto se inserta en condiciones diferenciales que lo posicionan de un modo distinto ante contextos inclusivos o situaciones de segregación. En los estudios sobre juventudes tales miradas teóricas son apropiadas, por cuanto permiten comprender que los signos y las experiencias materiales son las que definen los diferentes modos de transitar dicha etapa cronológica-social. Por su parte, la identidad de género o sexual femenina incide como una condición diferencial que posiciona de un modo distinto a esas subjetividades frente a contextos que pueden parecer similares. Como consecuencia de estructuras sociales desiguales, se producen distribuciones asimétricas de posibilidades de desarrollo y derechos entre varones y mujeres; allí es necesario incluir el análisis relacional del género y su vínculo con el poder (Scott, 1996). En cuanto a las relaciones sociales, Scott advierte la presencia de patrones culturales que evocan representaciones múltiples y contradictorias; asimismo, la imposición de unas representaciones dominantes por sobre otras, en donde Segato (2018) identifica la construcción simbólica del orden de género, y su relación con instituciones sociales que van moldeando las identidades de género. Por su parte, con relación al poder, el género construye relaciones asimétricas entre varones y mujeres; de allí que los primeros son socializados para permanecer en el espacio público mientras a las segundas se las destina al ámbito doméstico (privado). Al mismo tiempo, esa socialización diferenciada va acompañada de un conjunto de significantes y prácticas que tienden a preparar a los hombres para la vida en la escena pública y política (la dureza en el trato, la ausencia de debilidad, ocultamiento de emociones); por el contrario, a las mujeres se les transmitirían las actitudes opuestas a fin de adecuarlas a las tareas del hogar (Femenías, 2018). Si bien no existe un consenso entre los/as teó-

ricos/as feministas en torno al concepto de cuidado, que puede o no tener carácter remunerado, Karina Batthyány (2013: 386) nos propone el siguiente: "designa a la acción de ayudar a un niño, niña o una persona dependiente en el desarrollo y el bienestar de su vida cotidiana". Desde la economía, pasando por el derecho, hasta la sociología se plantean propuestas sobre el cuidado. La primera de ellas señala la importancia de las tareas no remuneradas en los hogares para la subsistencia de la fuerza de trabajo que explota el capital; por consiguiente, propone su incorporación en el flujo de la producción, con un valor asignado, pues de lo contrario constituiría un subsidio a la tasa de ganancia (Rodríguez Enríquez, 2015). En el derecho se formula, tal como plantea Pautassi (2007), quien ha sido pionera en el tema en la Argentina, considerar el cuidado como un derecho humano. A partir de ello, como una prerrogativa propia y universal, tanto para quienes deben ser cuidados como para quienes deban o quieran cuidar, modificando la división sexual del trabajo de cuidado y desvinculándolo de condiciones laborales y edades. Por su parte, la sociología profundiza en la dimensión relacional que se construye en el marco del cuidado, considerando trayectorias de cuidadoras, y sus condiciones sociales (vulnerabilidad económica, migraciones, ausencia de estudios completos), como así también las relaciones con quienes deben ser cuidados en donde se incorpora, en algunos casos, el valor de lo afectivo (Borgeaud-Garciandía, 2013).

Asimismo, las subjetividades que analizamos están insertas en un programa social de transferencias condicionadas denominado Plan de Inclusión Social Trabajo por San Luis (PISTS). Sus condicionalidades se han ido modificando con el transcurso del tiempo, aunque preservando su objetivo de formación e inserción laboral, pues comenzaron con tareas de desmalezamiento y forestación en zonas de la provincia que lo requerían. Continuaron con cursos de capacitación y convenios con empresas privadas y ámbitos de la Administración pública, por lo general con una duración de seis meses, para que los receptores/as contaran con esa experiencia. Sin embargo, tras cumplir los plazos, las empresas privadas, en la mayoría de los casos, optaban por no incorporarlos en sus plantas. A diferencia de ello, en la Administración pública varios destinatarios lograron su ingreso; incluso el gobernador actual, Alberto Rodríguez Saá, se comprometió públicamente, difundido por medios de comunicación, a que todos los receptores actuales logren su inserción laboral, princi-

palmente en carteras ministeriales, antes de concluir su gestión en 2019. De acuerdo con los datos del presupuesto provincial de 2017, los destinatarios actuales en toda la provincia son 8000, algunos otros (11000) se hallan distribuidos en convenios de capacitación e inserción con empresas privadas, siendo la mayoría de ellos mujeres jóvenes que tienen en promedio 34 años. Tales beneficiarios son quienes iniciaron su recorrido en el programa con 18 años en 2003, por cuanto ese fue el año de inscripción formal, aunque luego se incorporaron receptores en otros períodos. El monto del presupuesto, tal como consta en la ley, destinado para cubrir los gastos del PISTS asciende a \$195 456 800, al mismo tiempo entre las acciones propuestas para lograr la inserción de los receptores en empleos formales se mencionan: convenios de capacitación con empresas; convenios de incorporación al mercado laboral privado; cursos de capacitación; venta de lo producido en las huertas inclusivas.

Para poder indagar sobre los objetivos planteados, adoptamos una serie de estrategias metodológicas de corte cualitativo. El trabajo de campo, enmarcado en la tesis doctoral, se inició a fines de 2015 y concluyó en 2018. Entre las primeras actividades de investigación realizadas se incluyen entrevistas grupales con los jóvenes destinatarios del programa social. Tras ello, continuamos con entrevistas semiestructuradas, por cuanto permitieron una primera aproximación a las experiencias de los receptores, para seguir con entrevistas en profundidad. Asimismo, se realizó observación participante en los espacios en donde realizan las tareas propuestas por el PISTS.

En cuanto a las dimensiones de análisis de la tesis, se consideraron: 1- trayectorias personales; 2- instituciones (organizaciones instituidas); 3- sociabilidades. De allí que en esta instancia hemos incluido algunos de los datos provenientes de las tres variables que permitieran los análisis que planteamos en este texto.

Las actividades de investigación se realizaron, según el caso, en los hogares familiares de los jóvenes, en los espacios donde cumplen las condicionalidades, como así también donde ellos mismos lo propusieran. Mientras las observaciones se llevaron a cabo en los lugares donde realizan las actividades propuestas por el programa: en la cuenca El Morro, la huerta donde se preparan los árboles para la forestación en dicha cuenca, la escuela del plan donde se desarrollan los cursos de capacitación, la Universidad Provincial de Oficios (UPRO) donde se dicta un curso de

forestación y, asimismo, algunos exreceptores desempeñan tareas de limpieza como empleados de la Administración pública. El total de entrevistas realizadas comprende 15 individuales, mientras que las grupales fueron 3, con 10 receptores la primera y 5 cada una de las siguientes. Las observaciones se realizaron en simultáneo con las entrevistas y, si bien con variaciones de acuerdo a los espacios, se llevaron a cabo aproximadamente 10 en cada uno de los lugares antes mencionados. En las actividades de investigación participó un total de 35 jóvenes. En referencia al género, se hallan representados tanto varones como mujeres, aunque predominan mujeres con hijos/as. Tal aspecto va a incidir en los resultados que presentemos, pues las tareas de cuidado no tienen el mismo significado cuando se trata de los hijos que de otros familiares. El encuentro con la otredad no siempre tiene el mismo sentido; por ello, Schütz (1993) no va a coincidir con Weber (1987) cuando afirma que toda acción social es significativa por cuanto algunos encuentros con el otro solo representan un intercambio de significados objetivos, mientras que las interacciones con otredades diferentes pueden entranar afectos que son propios o exclusivos de ese intercambio. Para el análisis de los datos, tras evaluar la muestra de acuerdo a los criterios de la saturación teórica, se recurrió al análisis temático, el cual tiene similitudes con la teoría fundamentada. Por consiguiente, se fueron identificando los primeros temas y análisis que surgían de su lectura inicial. Se continuó con un examen más detallado a fin de añadir comentarios a cada uno de los temas, al mismo tiempo se buscó reconocer aquellos en torno a los cuales se agrupaba una importante cantidad de información. Ello permitió reducir la cantidad de categorías emergentes a las que obtuvieron mayor densidad tras la recolección de datos en el trabajo de campo. Asimismo, tras una nueva revisión, se decidió cuáles serían aquellos ejes principales, y los vinculados, que estructurarían la redacción del informe final de la tesis. Por otra parte, elaborar las redes semánticas a fin de visualizar las vinculaciones y densidad de cada uno de los temas o categorías propuestas. De allí que si bien se respetaron las denominaciones de las dimensiones planteadas inicialmente, el contenido de cada una de ellas fue redefinido a partir de las categorías emergentes. Para la sistematización de la información, se utilizó el programa de análisis cualitativo atlas.ti. En esta oportunidad, para mostrar los datos, hemos optado por descripciones de escenas de la cotidianidad juvenil en donde se

despliegan las subjetividades, pues nos parece adecuado de acuerdo con los enfoques seleccionados. En otros textos hemos presentado resultados bajo otras modalidades (Becher, 2017, 2018).

LA JUVENTUD COMO HORIZONTE DE SENTIDO

Parece que acudir a la metáfora resulta apropiado por cuanto, tal como plantea Luhmann (1998), un horizonte no tiene ni principio ni fin certero: en él se confunden pasado y futuro prescindiendo de cronogramas y tiempos lineales. Esa misma significación se encuentra presente en la experiencia vital de las mujeres que conformaron nuestra investigación. Para reflejarlo, reproduciremos, aunque sea de modo parcial, la historia de una de ellas por cuanto presenta aspectos semejantes a sus cotidianidades.

Como todas las mañanas, Lili se prepara para cumplir con sus actividades en el marco del plan. Desde ya, su primera tarea es despertar a su hija Micaela. Mientras prepara unos mates, organiza en unos tupperts las milanesas y las verduras que había cocinado el día anterior para el almuerzo de su hija. Luego de desayunar junto a Micaela, le recuerda que a las 12 en punto pasaría a buscarla por la escuela. Su trabajo en el programa finaliza a las 13:30, pero sus coordinadores saben que ella siempre se retira antes para buscar a su hija del colegio. Micaela no puede evitar el entusiasmo que la embriaga desde comienzos del día, pues por primera vez va a asistir a una matiné junto a sus amigas. Mientras conversa con su madre sobre el tema, ella recuerda sus no tan lejanos 16 años en los que no era madre y con frecuencia acudía junto a sus amigas a boliches y matinés. De hecho, en uno de ellos conoció al padre de Micaela. Es un buen hombre pues tiene un trabajo estable, lo cual le permite aportar económicamente al hogar en mayor medida que Lili. Por aquellos años obtuvo un empleo como niñera de una familia adinerada, pero en cuanto nació Micaela tuvo que abandonarlo pues no podía ocuparse de su niña y de los de la otra familia. No lo lamentó tanto ya que en realidad las tareas como niñera nunca fueron de su agrado, pero luego de buscar empleo en diferentes lugares ese fue el único que obtuvo. Mientras Micaela terminaba de colocarse el uniforme escolar en su cuarto, Lili no pudo evitar mirarse en el espejo del placard. Allí estaba: ya pocos recuerdos quedaban de aquella joven de 16 años que ahora en sus 30 es madre.

PRELUDIO

A modo de encuadre, como suelen decir los psicólogos, podemos señalar que el cuerpo producido siempre se despliega en escenarios cotidianos en donde se configuran las subjetividades. En ellos los sujetos, tal como afirma Heller en *Historia y Vida Cotidiana* (1985), participan con toda su personalidad y los afectos que les son propios. Por consiguiente, se encuentran imbuidas en la cotidianidad las significaciones que se construyen sobre las diferentes esferas y sociabilidades que se hallan en ella. Para algunos actores puede ser fundamental apostar a su desarrollo académico; para otros, puede ser importante desempeñarse en una profesión liberal; para otros, puede serlo ser los mejores escritores. Sin embargo, para todas las mujeres que hemos incorporado en nuestro estudio, es importante cuidar. Todas presentan historias cotidianas semejantes: cuando por la mañana suena el despertador lo primero que hacen es despertar a sus hijos/as para que asistan al colegio. Cuando sus hijos se enferman, no dudan en ausentarse del trabajo en el marco del programa. Cuando perciben sus transferencias de ingresos, muchas de ellas optan por obsequiar un juguete en lugar de un consumo que las satisfaga personalmente. Que las mujeres realicen estas tareas al interior de sus hogares responde a representaciones dominantes y estereotipos sobre lo que supone la maternidad. Desde la perspectiva guattariana (1998, 2006) de la subjetividad, podemos afirmar que tales representaciones operan como un dispositivo de control sobre los cuerpos producidos, que mediante cogniciones –que inciden en las actitudes juveniles– intentarán mantener un orden social que opera sobre la identidad de género. Dicho orden es el que representa a las mujeres no solo como las reproductoras de la especie, sino como las cuidadoras expertas. Como si se tratara de un don natural, pocos cuestionan las supuestas aptitudes de las mujeres para llevar a cabo las tareas de cuidado. Más adelante describiremos algunos procesos singulares que intentan contrarrestar los instituidos.

I- Identidad y sociabilidades

En el relato de Lili podemos advertir las particularidades que introduce las condiciones de su identidad de género en el cumplimiento de las actividades del programa. Al pasar, parece mencionarse que ella debe retirarse todos los días antes de tiempo, aunque no se señala que ello supone negociaciones

y sociabilidades particulares. Antes de referir a esas sociabilidades, vale mencionar que las trayectorias de empleo previas de las mujeres que conformaron nuestro estudio, tal como muestra la historia que narramos, tienden a concentrarse en ámbitos de la informalidad laboral y en tareas que reproducen estereotipos de género: de modo predominante han sido cuidadoras de niños o ancianos. Que estas jóvenes no encuentren empleos en otras áreas, aunque lo intentaran o incluso si no lo hicieran, son modos de preservar ese orden social impuesto al que referíamos anteriormente. Tampoco es novedad mencionar que el Estado por medio de sus técnicas de gobierno, en el sentido foucaultiano (2007), aporta a la preservación de dicho orden por cuanto no intenta subvertirlo. De modo que, tal como menciona Monserrat Sagot (2014), existe una constante contradicción entre los ideales igualitarios de la democracia y las políticas desigualitarias que tienden a implementarse en el marco de estos. En el Plan de Inclusión Social no existen modalidades que permitan disminuir las cargas de cuidado al interior de los hogares que recaen sobre las identidades femeninas. La conformación de redes de sociabilidades en torno a la identidad de género ha sido recurrente, dependiendo –tal como afirma Silvia Elizalde (2011a)– de la pertenencia generacional o de los climas de época. En el período posdictadura del gobierno de facto de Juan Carlos Onganía (1966-1970), la influencia de la música rock comenzó a tener incidencia en la construcción de espacios de sociabilidades en donde las corporalidades juveniles, adoptando las estéticas y estilos que provenían de aquel tipo de música, impugnaban modos hegemónicos de experimentar la masculinidad (Manzano, 2011). En ese mismo tiempo histórico, los movimientos de jóvenes lesbianas y homosexuales comenzaron a emerger como sociabilidades –que se congregaban en espacios particulares– de autoafirmación de esas identidades (Gemetro, 2011). En tiempos actuales, estas conformaciones continúan teniendo vigencia aunque, respondiendo a climas epocales como afirma Elizalde, aparecen en las investigaciones sociales con mayor predominancia respecto de las identidades trans (Elizalde, 2011b). Entre las mujeres jóvenes destinatarias del PISTS pudimos advertir que se construyen circuitos de sociabilidad en torno a la tarea de cuidar para poder cumplir con las condiciones del programa. Cuando una de ellas no podía continuar faltando al plan, pues excedía el límite

de ausencias permitido, quienes tenían menos faltas se ocupaban del cuidado de los hijos de su compañera. Cuando uno de sus hijos se enfermaba y ellas debían acudir a cuidarlo sin haber podido dar previo aviso, sus compañeras se ocupaban de justificar la inasistencia ante los agentes estatales o bien de intentar que pase desapercibida. Cuando se suspendían actividades en las escuelas, ellas concurrían al programa con sus hijos y se turnaban unas entre otras para cuidarlos. Todas esas sociabilidades tienen como aspecto central al cuidado y como protagonistas a las mujeres, por lo tanto se trata de soportes de sociabilidad que predominan principalmente entre esas comunidades femeninas. Una posible explicación frente a estas grupalidades que se aglutinan en torno a una identidad que es compartida, la podemos encontrar en Arfuch (2005) cuando afirma que existe identificación a partir del modo en que nos representamos, somos representados o podríamos representarnos. Ello muestra que en la identidad interviene nuestro propio posicionamiento de enunciación que es definido en la diferenciación respecto de otro, lo que podemos resumir en la siguiente frase: soy este porque me diferencio de aquel. En ese sentido, las identidades de género o sexuales operan como criterios de identificación, los cuales suponen modos de representación, que introducen distinciones respecto de otros.

II- Empoderadas versus desempoderadas

Las experiencias femeninas juveniles descritas anteriormente, que se insertan en sociabilidades particulares, muestran serias dificultades para la construcción de procesos de subjetivación singulares. Tal como afirma Corina Rodríguez Enríquez (2015), el cuidado a cargo de las mujeres constituye uno de los principales aportes a la reproducción social; por ello, al definir la economía del cuidado dice: "En un sentido amplio, el contenido del concepto refiere a todas las actividades y prácticas necesarias para la supervivencia cotidiana de las personas en la sociedad en que viven" (p. 36).

Entonces, queda claro el papel que cumple el cuidado en la reproducción social de los cuerpos que, luego, son puestos al servicio del trabajo. Ello introduce un interesante elemento de análisis por cuanto el flujo de la renta no incorpora la relevancia del cuidado como un aporte significativo para su funcionamiento: "el trabajo de cuidado no remunerado que se realiza dentro

de los hogares (y que realizan mayoritariamente las mujeres) constituye un subsidio a la tasa de ganancia y a la acumulación del capital" (p. 40).

Por su parte, tal como muestra Cristina Carrasco (2006), al interior de la teoría económica predominan miradas patriarcales que impiden el reconocimiento de las tareas de cuidado en la cadena de producción. Ello se explica, por una parte, a partir de la influencia de teóricos varones que poco reflexionaron sobre la condición de las mujeres y, por otra, porque incorporar tales tareas supone otorgar a las identidades femeninas un papel clave en el flujo de la renta.

Aclarado el rol del cuidado en la reproducción social, podemos regresar a nuestro interés por la producción de subjetividades. La aclaración anterior tiene sentido por cuanto la esfera de la reproducción social es un espacio que poco deja librado a la singularidad. Junto a ello, un contexto en donde predominan dispositivos de control sobre el género femenino que responden a construcciones opresoras de la autonomía de las mujeres, asimismo un Estado que poco aporta, tal como aclaramos en el punto uno respecto del PISTS, para emanciparlas de esas representaciones hegemónicas. Al mismo tiempo, tal como mencionamos en el preludio y en el punto anterior, existe un interés por mantener a la mujer en ese papel por cuanto no se intenta subvertirlo. No se trata de mantener una mirada negativa sobre el aporte que efectúan las personas a la reproducción social, sino advertir que muchas veces ese aporte es injusto, tal y como sucede en el caso de las identidades femeninas. Precisamente cuando Heller (1994: 9) se pregunta si la vida cotidiana "viene necesariamente alienada", distingue entre el individuo particular alienado y el individuo. El primero solo busca su autopreservación por cuanto no se siente integrado a una especie, a una comunidad; a diferencia de ello, el no alienado se identifica con su especie y, por consiguiente, aporta a su reproducción social. Sin embargo, la filósofa húngara destaca la importancia de que el sujeto tome decisiones individuales en el marco de su vida cotidiana para evitar caer en la alienación,

la esencia de la alienación de la vida cotidiana no ha de buscarse en el pensamiento o en las formas de actividad de la vida diaria, sino en la relación del individuo con estas formas de actividad, así como en su capacidad o incapacidad para jerarquizar por sí mismo estas mismas formas... (p. 11).

Para Guattari (1998, 2006), son esas decisiones cotidianas las que permiten escapar, fugar, diferenciarse, singularizarse respecto de los modos de vida impuestos para mantener el orden social. La historia de Lili nos muestra la centralidad que ocupan las tareas de cuidado en un fragmento de su cotidianidad. Esas actividades se reiteran en el transcurso de un mismo día y de varios días, marcando el ritmo del modo en que se construye su cotidianidad. Por ello, una singularidad en esa historia, y en tantas otras semejantes que presentan las identidades femeninas, se constituye en la posibilidad de relegar esas tareas de cuidado para adquirir mayor autonomía. En las realidades de las mujeres jóvenes que conformaron nuestra investigación, pudimos apreciar que las redes de cuidado muchas veces sirven como posibilidades de relegar las tareas del hogar en otras mujeres, aunque ellas, luego, deban retribuir también con cuidado. Este es un modo en que se organiza socialmente el cuidado, rompiendo un poco con la tradicional figura del diamante, en donde estas redes aparecen como

encadenamientos múltiples y no lineales que se dan entre los actores que participan en el cuidado, los escenarios en los cuales esto sucede y las interrelaciones que establecen entre sí y que, en consecuencia, inciden en lo densa o débil que resulta la red de cuidados (Rodríguez Enríquez, 2015: 41).

En otras mujeres aparece el reclamo dirigido a los agentes estatales por instancias de cuidado. En tal sentido, hallamos narrativas como las siguientes:

yo le he dicho a mi coordinadora que acá hay un espacio en donde pueden instalar una guardería; así nos ayudan a todas y se acaban los problemas con las faltas por los niños (M., 29 años).

la mitad de la plata (la que recibe por la transferencia de ingresos) se me va en la niñera; yo hice el reclamo (a la administración del programa) para pedirles que me paguen algo, pero nada... ellos tienen que pagarme porque si yo no trabajo como otros es porque tengo los niños (K., 31 años).

ellos (la administración del programa) no te ayudan con los chicos... te dejan llegar un poco tarde, tener alguna falta, cambiar un día por otro, pero eso no es nada con el baile que te lleva criar a un niño; me he quejado, pero no me dan bola (G., 32 años).

Conscientes de las cargas que implican para sus cuerpos ser las encargadas de las tareas no remuneradas al interior de los hogares, algunas identidades femeninas reclaman al Estado la instauración de modalidades que permitan relegar el cuidado. Ello supone, por una parte, la posibilidad de incorporar en su cotidianidad tareas diferentes a las propias de la maternidad; al mismo tiempo, repercute sobre las condicionalidades del programa, pues, tal como hemos visto, cuidar a veces implica faltar, dedicarle menos horas a las tareas que se proponen, o no insertarse en otros ámbitos de empleo para continuar cumpliendo con las tareas del hogar. Otra posibilidad de emancipación a las representaciones hegemónicas sobre el género, la encontramos en la decisión de algunas mujeres de rechazar su formación en el marco de capacitaciones que reproducen estereotipos de género, tales como cursos de cocina, repostería, costura, tejido. Si bien desde el Plan de Inclusión Social no se impide que las mujeres realicen otro tipo de cursos, existe una clara distinción entre capacitaciones labores que se ofrecen respondiendo a las construcciones sociales sobre oficios feminizados y otros masculinizados. No se les consulta a las destinatarias sobre sus intereses de desarrollo profesional, de modo que cuando deciden realizar cursos acorde a sus expectativas laborales, algunas en áreas como salud o tecnologías, deben costearlos ellas mismas.

a mí no me interesaban los cursos de cocina y eso... yo elegí farmacia porque era mi área, lo que a mí me gustaba, pero tuve que pagármelo con mi plata (E., 30 años).

me acuerdo que el primer día nos enseñaron a hacer masa para pastelitos, ¡qué embole! Ni mi mamá me enseñó nunca porque sabe que soy un desastre para la cocina; al segundo día no fui más, pasé licencia por unos días hasta que me hicieron el pase al centro cívico; ahí tenía que usar computadora, tomé un curso y me lo pagué yo con la ayuda de mi marido (R., 28 años).

Tal vez estas modalidades de subjetivación singulares puedan parecer poco significativas. Sin embargo, vale señalar, no lo son de acuerdo con las condiciones en que se insertan sus identidades en donde el cuidado, y los estereotipos que trae aparejado, tiene un papel central. Por su parte, poco hace el Estado, en este caso por medio del programa, para contrarrestar

esas miradas dominantes sobre lo que supone la maternidad. Quienes tenemos la posibilidad de contar con una TV o con acceso a Internet, conocemos acerca de mujeres que logran destacarse en un contexto en el que no es sencillo emanciparse o singularizarse. Aunque, difícilmente, podamos encontrar entre aquellas con las que compartimos nuestras cotidianidades, y con las que reciben el programa, unos clones de Hillary Clinton u Oprah Winfrey o bien, para referirnos a Argentina, Cristina Fernández. Sin dudas, son figuras femeninas que han logrado una importante visibilidad teniendo que enfrentarse a representaciones dominantes sobre lo que supone ser mujer y madre, logrando una real incidencia en la toma de decisiones políticas o de los mass media de sus respectivos países. De allí que considerar a estas mujeres como espejos de lo que otras deberían ser contribuye, tal como aporta Braidotti (2005), a la construcción de unas subjetividades blanqueadas que son puestas en la vidriera de lo que supone ser una mujer empoderada; esos parámetros configuran representaciones dicotómicas entre empoderamiento versus desempoderamiento. Si bien la identidad de género presenta condiciones más o menos estables para todas las mujeres (Mintz, 2008), en su interrelación con otros clivajes, tales como edad, etnia, clase social, muestran particularidades para cada una de ellas (Elizalde 2015). Por ello, captar la singularidad en la producción de subjetividades femeninas, en la mayoría de los casos, supone reconocer agenciamientos que son diferentes de lo que se ha difundido como imagen de mujer empoderada.

III- Espejito... espejito, ¿aún continuó siendo joven?

Dejar para el final del relato de Lili la imagen en donde se mira en el espejo y ya no encuentra a la joven que era nos dice mucho acerca de la construcción social de la edad. No se trata de mirar unas arruguitas que empiezan a asomar en el rostro de una mujer de 30 años, pues lo que se involucra es su auto-percepción. Esa categoría de análisis proviene de la psicología social en donde se la define como el modo en que cada sujeto se percibe a sí mismo. A su vez, en el proceso perceptual incide la información que es recibida del contexto; allí se encuentran entramados aspectos vinculados a concepciones, suposiciones, imaginarios, representaciones sobre lo que supone la juventud. Mariana Chaves (2006: 12) utiliza el concepto de procesamien-

to social de las edades para referir a:

La naturalización del sentido que los sujetos le otorgan a las edades, las expectativas sobre las mismas, las prácticas que se suponen corresponden y los estereotipos que se generan sobre dicha edad, son entre otros procesos parte de lo que se nombra como el procesamiento sociocultural de las edades.

Esto nos muestra que, tal como afirma Castro (2004: 1):

No es posible analizar la juventud como una categoría homogénea y tomando en consideración una sola variable en su identificación; es preciso incluir aspectos cronológicos, familiares, culturales, psicosociales e institucionales.

Ahora bien, ¿qué sucede en la individualidad de los sujetos con estas influencias sociales? Si bien siempre existe un procesamiento interior del contexto social, ¿cómo procesa cada sujeto la edad y, por consiguiente, la juventud? Por ello, nos parece que incorporar la autopercepción como elemento de análisis nos puede permitir bucear en esos registros. Esto mismo nos muestra Mary Jo Maynes (2008) en su texto *Age as a Category of Historical Analysis: History, age, and Narratives of Childhood* cuando acude a la historia de una niña que por las condiciones sociales en las que se hallan insertas sus experiencias vitales no se considera tal. A partir de ello, parece interesante tener en cuenta estos aspectos, que refieren al modo en que cada sujeto internaliza esas influencias sociales sobre lo que supone la juventud, y parafraseando a Chaves (2006), podemos hablar de un procesamiento interior de la edad o de una experiencia interior de la juventud. Precisamente Bataille (1986: 39) define dicha experiencia como "es dada en el instante en que, rompiendo la crisálida, tiene conciencia de desgarrarse a sí mismo, en vez de desgarrar algo que le pone resistencia desde afuera". En otras palabras, es el momento en el que el sujeto toma conciencia, incluso podemos situarlo en el plano del inconsciente, de esas influencias externas y realiza su propia interpretación. A veces, no siempre, esas interpretaciones escapan a las representaciones sociales dominantes. En las subjetividades de las jóvenes del Plan de Inclusión Social, mediante cogniciones y actitudes semejantes a las que reflejamos en la historia de Lili, su autopercepción muestra que se consideran mujeres adultas respecto de lo que el cuidado y la maternidad supone. Sin

embargo, puede que en sus cotidianidades aún se consideren jóvenes en otras de las esferas que la componen, pero en lo que refiere a la maternidad no sucede. Tal como afirma Heller (1985), en donde podemos rastrear algunas influencias de los incipientes desarrollos de la complejidad, la vida cotidiana es heterogénea, pero, en su interior, se construye una jerarquía que permite estructurarla de modo tal que unas actividades son puestas por encima de otras. En el preludio de este texto, hemos aclarado que en la cotidianidad de las identidades femeninas que estudiamos el cuidado se encuentra en la cúspide de la pirámide de sus prioridades personales.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

En el texto hemos descripto la incidencia que tienen las tareas de cuidado a cargo de mujeres jóvenes en la producción de subjetividades que se enmarcan en un programa social. Para ello, tal como mencionamos en la introducción, tuvimos en cuenta tres dimensiones que reflejan el modo en que se construye la condición juvenil en referencia a la identidad de género. En el primer tipo de experiencias, que son las que se vinculan con las tareas al interior del programa, pudimos advertir el modo en que emergen redes de sociabilidades en torno al cuidado, las cuales, muchas veces, posibilitan relegar esas tareas en alguna compañera. En segundo lugar, reflejamos algunas experiencias de subjetivación singular en donde las mujeres adquieren mayor autonomía a partir de relegar tareas de cuidado. En otras mujeres aparecen resistencias mediante el reclamo a las autoridades del programa de instancias de cuidado o bien el rechazo de cursos de capacitación que reproducen estereotipos de género. En la parte final del texto reproducimos una experiencia que identificamos como procesamiento interior de la edad, la cual nos muestra la importancia de considerar la autopercepción como un aspecto que incide en la construcción de la edad; allí pudimos advertir que las mujeres jóvenes que integraron el estudio no se autoperciben como tales.

La metáfora que utilizamos al comienzo, la juventud como horizonte de sentido, cumple una función pues refleja que ser mujer y joven coloca a las subjetividades al borde de una indecisión dificultosa de prolongar en el tiempo. Trabajar y cuidar. Estudiar y cuidar. Amar y cuidar. Todos esos pares se presentan en las jóve-

nes de modo dicotómico, ya que quienes cuidan ya no trabajan igual que antes; quienes cuidan ya no estudian igual que antes; quienes cuidan, aman de un modo distinto: colocan en primer lugar el afecto hacia el cuidado relegando el tiempo para el desarrollo personal. Todas esas posturas de tareas al interior de los hogares asignadas a las mujeres muestran los límites borrosos, que se construyen en esa experiencia interior sobre la edad, que apresuran la transición hacia la adultez.

Finalmente, vale recordar, esas opresiones sobre las identidades de género o sexuales son construcciones socio-estatales. Por ello, el Estado por medio de sus programas y con políticas igualitarias mucho puede aportar para emancipar a las mujeres de las representaciones dominantes e intentar subvertir el orden social que las coloca en un plano inferior, en cuanto al acceso a derechos y recursos, respecto de los varones.

BIBLIOGRAFÍA

ARFUCH, L. (2005). Problemáticas de la identidad. En L. Arfuch (comp.) *Identidades, Sujetos y Subjetividades* (pp. 21-43). Buenos Aires: Prometeo Libros.

BATAILLE, G. (1986). *Erotism: death and sensuality*. San Francisco: City Lights Book.

BECHER, Y. (2017). Las juventudes sanluiseñas y sus miradas sobre la política y las políticas sociales: la influencia de las instituciones. *Crítica y Resistencias. Revista de Conflictos Sociales Latinoamericanos*, 3, 124-139. Colectivo de Investigación El Llano en Llamas.

BATTHYÁNY, K. (2013). Perspectivas actuales y desafíos del sistema de cuidados en Uruguay. En Pautassi, L. y Zibecchi, C. (coords.) *Las fronteras del cuidado. Agenda, derechos e infraestructura* (pp. 385-407). Buenos Aires: Biblos.

BECHER, Y. (2018). Las juventudes y su vínculo con la burocracia estatal: entre marcas generacionales y redes de sociabilidad. En Castro, G. (comp.) *Militancias y políticas juveniles. Involucramientos sociales en contextos provinciales* (pp. 281-319). Buenos Aires: Teseo.

Borgeaud-Garciandía, N. (2013). En la intimidad del cuidado de adultos mayores dependientes: la experiencia de cuidadoras "cama adentro" en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En Pautassi, L. y Zibecchi, C. (coords.) *Las fronteras del cuidado. Agenda, derechos e infraestructura* (pp. 273-316). Buenos Aires: Biblos.

BRAIDOTTI, R. (2005). *Metamorfosis*. Madrid: Akal.

CARRASCO, C. (2006). La economía feminista: una apuesta por otra economía. En Vara, M.J. (coord.) *Estudios sobre género y economía*. Madrid: Akal.

CASTRO, G. (2004). Los jóvenes: entre los consumos culturales y la vida cotidiana. *Kairós-Revista de Temas Sociales*, 14. Universidad Nacional de San Luis.

CHAVES, M. (2006). Informe: Investigaciones sobre juventudes en Argentina. Estado del arte en Ciencias Sociales. La Plata, Ciudad de Buenos Aires: Unsam, Ministerio de Desarrollo Social, Dinaju, Unicef.

ELIZALDE, S. (2011A). Introducción. En Elizalde, S. (coord.) *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura* (pp. 13-19). Buenos Aires: Biblos.

_____ **(2011b).** La identidad imperiosamente. Pánico sexual y estrategias de vigilancia institucional hacia jóvenes mujeres y trans. En Elizalde, S. (coord.) *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura* (pp. 119-142). Buenos Aires: Biblos.

_____ **(2015).** Estudios de Juventud en el Cono Sur: epistemologías que persisten, desaprendizajes pendientes y compromiso intelectual. Una reflexión en clave de género. *Última Década, Proyecto Juventudes*, 42, 129-145.

FEMENÍAS, M.L. (2018). Violencia contra las mujeres: obstáculos para enfrentarla. En Femenías, M.L. y Novoa, S.M. (coords.) *Mujeres en el laberinto de la justicia. Los ríos subterráneos* (volumen VI) (pp. 21-36). Rosario: Prohistoria Ediciones.

FOUCAULT, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France: 1978-1979*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

GEMETRO, F. (2011). Lesbianidades. Algunas coordenadas historiográficas para entender la construcción del lesbianismo en la Argentina. En Gutiérrez, M.A. (comp.) Sexualidades polifónicas. Itinerarios de los géneros y las sexualidades (pp. 91-114). Buenos Aires: Godot.

GUATTARI, F. (1998). Caosmosis. Buenos Aires: Manantial.

GUATTARI, F. (2006). Subjetividad e historia. En Guattari, F. y Rolnik, S. (ed.) Micropolítica. Cartografías del deseo (pp. 39-147). Madrid: Traficantes de Sueños.

HELLER, Á. (1985). Historia y vida cotidiana. Una aportación a la sociología socialista. México: Grijalbo.

_____ (1994). La revolución de la vida cotidiana. Barcelona: Ediciones Península.

JO MAYNES, M. (2008). Age as a category of historical analysis: history, agency, and narratives of childhood. *The Journal of the History of Childhood and Youth*, 1, 114-124.

LUHMANN, N. (1998). Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general. Barcelona: Anthrophos.

MANZANO, V. (2011). Tiempos de contestación: cultura del rock, masculinidad y política, 1966-1975. En Elizalde, S. (coord.) Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura (pp. 23-57). Buenos Aires: Biblos.

MINTZ, S. (2008). Reflections on age as a category of historical analysis. *The Journal of the History of Childhood and Youth*, 1, 91-94.

PAUTASSI, L. (2007). El cuidado como cuestión social desde un enfoque de derechos. Serie Mujer y Desarrollo nro. 87. N.U. Santiago de Chile: Cepal.

PIEDRAHITA ECHANDÍA, C.L. (2015). Subjetivaciones políticas y pensamiento de la diferencia. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas-Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. Nueva Sociedad, 256, 30-44.

SAGOT, M. (2014). La democracia en su laberinto: el neoliberalismo y los límites de la acción política feminista en Centroamérica. En Carosio, A. (coord.) *Feminismos para un cambio civilizatorio* (pp. 39-65). Caracas: Fundación Celarg-Clacso-Centro de Estudios de la Mujer.

SCHÜTZ, A. (1993). La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva. Barcelona: Paidós.

SCOTT, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Lamas, M. (comp.) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). México: PUEG.

SEGATO, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

WEBER, M. (1987). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.